

LA ÚLTIMA VEZ QUE LE VIO

Cristina Gumuzio Irala

**La última vez
que le vio**

Capítulo 1

INCIO NOVELA POR CAPÍTULOS

Unos nubarrones grises ocultaron el sol mientras el cielo se rompía en agua. Los truenos sonaban en la lejanía acompañando a los relámpagos. La lluvia, tan ansiada por la intensa sequía que assolaba gran parte del planeta, chocaba estrepitosamente contra todo lo que encontraba. De pronto, la casa quedó a oscuras. Mía dejó a un lado el equipaje y se dirigió a la cocina a por una vela. El espectáculo a través de las ventanas era dantesco. Salió al porche, pero tuvo que volver a entrar. El césped del jardín estaba cubierto de agua. Su corazón se puso a latir acelerado ante la inquietud por saber cómo estarían sus hijos. Cogió el móvil y llamó a Adam. Hacía un par de horas que había salido con los niños a hacer unos recados. Era el último día de vacaciones y tenían previsto emprender el viaje de vuelta al anochecer. A su marido le gustaba conducir de noche por la ausencia de tráfico y para evitar las largas colas que se formaban en la frontera entre España y Francia.

Volvió a llamar a Adam, una y otra vez, cada vez que saltaba el contestador lo volvía a intentar. No entendía por qué no contestaba a sus llamadas y que no la hubiese llamado al comenzar la tormenta. La situación era lo suficientemente grave como para imaginar lo preocupada que estaría por ellos. Pero Adam era así, un espíritu libre que manejaba las cosas a su manera.

El nivel del agua no dejaba de subir. Estaba a punto de inundar el porche. Si continuaba el agua entraría en la casa. A través de la ventana de la cocina vio que la piscina de la casa se había desbordado. Temió por que ocurriese lo mismo con la riera; se encontraba a pocos metros.

Los pronósticos meteorológicos de los últimos días no se habían equivocado; llevaban alertando de tormentas extremas. El verano había sido demasiado caluroso; el agua de la piscina no había bajado de los treinta y dos grados y la del mar había rondado los treinta.

Otro día hubiese agradecido que lloviera, pero no ese, cuando faltaban unas horas para ponerse de viaje. Los nervios la asaltaron desde todos los flancos; la angustiada falta de noticias de su familia, la cantidad de agua que inundaba por momentos el jardín y estaba a un paso de entrar en la casa.

De pronto, una violenta tromba de granizo arreció con furia contra la fachada y las ventanas. Era como si el cielo estuviera a punto de caer sobre la tierra. Trozos de hielo de un tamaño inimaginable golpeaban con bravura todo lo que iban encontrando en su camino. En segundos la hierba quedó cubierta por un manto blanco que se desplazaba de uno a

otro lado ofreciendo un aspecto fantasmagórico al jardín.

Miraba aterrorizada hacia el exterior cuando el agua le mojó los pies y la obligó a correr hacia las escaleras. Era inevitable lo que estaba a punto de suceder. Subió a la planta de arriba e iluminó con la linterna del móvil los peldaños inferiores; el agua iba ascendiendo rápido de nivel. Se acordó del equipaje, todo colocado junto a la puerta de la entrada, pero era imposible bajar. La planta inferior parecía un mar embravecido. Volvió a llamar a su marido, seguía sin contestar.

Una fuerte embestida de granizo hizo saltar por los aires los cristales de las ventanas del salón. El sonido, estrepitoso, hizo que su cuerpo no dejase de temblar, estaba en shock. El sonido del aire recorriendo arremolinado el interior de la casa la obligó a reaccionar. Corrió a las escaleras que conducían a la planta del tejado. Un pequeño cuarto comunicaba la vivienda con la terraza exterior. A través de las ventanas intentó ver hasta donde llegaba el agua, pero era imposible. Toda la urbanización estaba a oscuras y se había hecho de noche. Aterrada por la catástrofe que la rodeaba rememoró con amargura los últimos momentos con su familia. Antes de subir al coche, Adam le había dado un abrazo inesperado, mientras los niños, entre bromas y risas, la despedían con sus manitas. Los vio felices de ir con su padre de compras. Después de ir a la cooperativa de Cambrils, Adam les había prometido llevarlos al pueblo. Las calles cercanas al puerto estaban llenas de tiendecillas y siempre conseguían que les comprasen algo.

Cerró los ojos. En su retina permanecía grabada la última imagen que tenía de ellos antes de cerrar la puerta corredera del jardín; Lea y Liam despidiéndola desde el interior del coche.

CAPÍTULO I

La lluvia cesó a última hora de la tarde. Las nubes se disolvieron y dejaron paso a un cielo estrellado donde lucía una luna redonda que brillaba con intensidad. La temperatura empezaba tímidamente a subir. Mía se asomó a la barandilla de la terraza del tejado, con cuidado de no tropezar entre las bolas de granizo, y buscó señales entre los vecinos. Las casas de alrededor estaban a oscuras al igual que el hotel del resort. Algunos vecinos, al igual que ella, se encontraban en las terrazas superiores y movían las linternas de los móviles de un lado a otro pidiendo ayuda.

El espectáculo era impresionante a los ojos de cualquiera. El agua había subido más de un metro de altura. La riera se había desbordado y parecía una cascada donde el agua de la montaña bajaba a toda velocidad a su encuentro con el mar.

La angustia por la falta de noticias de su familia la desesperaba. No entendía qué les había podido ocurrir y temió lo peor. Entre lágrimas

rememoró las noches de verano que había pasado allí, con Adam y los niños, cenando o jugando a algún juego de mesa bajo el cielo estrellado. También le vino a la memoria aquella noche, años atrás, cuando decidieron comprar la casa. Llevaban pocos meses viviendo juntos y fueron con unos amigos a pasar unos días de vacaciones al hotel del resort. A los dos les enamoró el lugar, les pareció el sitio perfecto para desconectar del mundo. Se trataba de un pequeño poblado con casas individuales de un mismo estilo, rodeadas de amplios jardines y situado al borde del mar.

La entrada de un WhatsApp la sacó bruscamente de su estupor; Adam le escribía que los tres estaban bien. A pesar del alivio, le gritó furiosa.

—¿Por qué no me has llamado ni contestado a mis llamadas? Llevo horas en una angustia insoportable.

—A ver, tranquila, la tormenta nos ha cogido cuando bajábamos de la cooperativa y no podía conducir y escribirte a la vez, y luego no había cobertura —el tono, agresivo, no era habitual en él.

—¿Dónde estáis?

—En el Caliu, el bar de la tortilla que está en la parte alta del pueblo.

—¿Por qué no volvisteis a casa?

—La riera se ha desbordado y la carretera estaba inundada. Era imposible llegar.

Sentía el corazón encogido y no podía evitar el desbordar sobre su marido la angustia que le habían provocado tantas horas sin noticias suyas en medio de aquella dantesca situación. Su mente tenía una tendencia a exagerar las cosas, a hacerle caer en ese tipo de trampas, pero su intuición no dejaba de decirle que algo iba mal.

—... además hemos estado varias horas retenidos debido a un par de accidentes y te repito: no había cobertura, no podía llamarte.

—No sabes lo mal que lo he pasado pensando que os había pasado algo.

—¿Cómo está la casa? ¿Ha llegado el agua? Con la riera tan cerca...

—Pensaba que no me ibas a preguntar qué tal estaba...

—Venga, no seas así.

—El agua ha inundado la planta baja. No puedo ver bien, estamos resort

sin luz. Adam, ¿qué vamos a hacer?

—Tu, tranquilizarte y quedarte en la planta de arriba. Allí estás segura. Nosotros no podemos salir de aquí. La calle parece una torrentera y es imposible circular por las carreteras.

—¿Cómo están los niños? ¿Muy asustados?

—Están viviendo una aventura y ya sabes cómo disfrutan cuando jugamos a imaginar situaciones. Eso es lo que estoy haciendo para que estén tranquilos.

—Pásamelos, quiero hablar con ellos.

—Ahora están en la cocina ayudando a la mujer de Pere a pelar patatas. Te llamaremos en un rato.

—¿Dónde vais a dormir?

—Pere nos deja pasar la noche aquí. Ha habilitado la planta superior del bar.

—¿Hay mucha gente con vosotros?

—Bastante.

—¿No hay riesgo de que entre agua?

—Tranquila, Mía. Ha dejado de llover y estamos seguros. Metete en la cama y trata de dormir. Mañana nos encontraremos. O vamos nosotros hacia allí o vienes tu. Lo que veamos que sea más fácil. Estamos al lado del mar, no creo que lleve mucho que se retire el agua.

—Te voy a hacer caso, pero que me llamen los niños cuando acaben de pelar las patatas. Quiero hablar con ellos. Y, por favor, estate atento al móvil y vamos hablado.

—Que sí, te llaman enseguida. Una cosa, aunque no haya luz pon a cargar el móvil, suele quedar energía residual. Y no lo uses si no es estrictamente necesario, es importante que mantener la batería y yo voy a hacer lo mismo. ¿De acuerdo?

Adam era su brújula, siempre al tanto de todo. Haber escuchado su voz le hizo contener el impulso de llamar a sus padres y a su amiga Emma. A esas horas estarían viendo lo sucedido en las noticias. Les envió un escueto mensaje poniéndoles al corriente de la situación y quedando en avisarlos cuando volviese la luz. Se acostó en la cama e intentó tranquilizarse con la esperanza de que las palabras de Adam la ayudarían

a conciliar el sueño, pero una sensación extraña la ahogaba.

Pasaron un par de horas y Adam no le había devuelto la llamada prometida. La angustia por no haber podido hablar con los niños la consumía. Quiso imaginar todo tipo de situaciones para disculparlo; se había quedado sin batería o no tenía cobertura, a la gente del bar le había sucedido lo mismo, no quería molestarla si estaba durmiendo; nada de lo que conjeturaba le hacía quedarse en paz. Manejaba mal las situaciones de estrés.

Volvió a coger el móvil. La pantalla seguía sin novedades; no había llamadas perdidas, WhatsApp, mensajes... Tampoco había confirmación de que él hubiese recibido sus mensajes; sólo aparecía un tick, no los dos. Una sensación de pánico la invadió y por su mente fueron pasando todo tipo de situaciones catastróficas.

El sueño la venció de madrugada, los primeros rayos de sol la hicieron regresar a la realidad. Cogió el móvil, continuaba mudo, sin noticias de su marido.

Se levantó de la cama con la intención de bajar a la planta inferior, pero la visión desde las escaleras le dejó sin aliento. El nivel del agua llegaba a los marcos inferiores de las ventanas.

Subió a la terraza del tejado. Hasta donde le alcanzaba la vista, la zona baja del resort estaba inundada. Su primera idea fue acercarse al hotel a refugiarse, pero la tuvo que descartar al ver cómo bajaba el agua por la riera. en ese mismo instante. Era impensable atravesarla a pie.

A lo lejos escuchó unas voces.

—Help, help [1].

—No puedo ayudarles —gritó desde la terraza moviendo los brazos—, estoy sola.

El sonido de motoras fuerabordas acercándose a las casas aumentó la ansiedad entre los vecinos que gritaban y hacían señales solicitando ayuda. Por megafonía, los responsables del salvamento pidieron a la gente que estuviesen tranquilos y permaneciesen en las viviendas hasta que les fuesen recogiendo o bajase el nivel del agua. Pero Mía no podía mantener la calma, le urgía reencontrarse con su familia y estaba decidida a ir caminado al pueblo. Tenía más energía de la que aparentaba. Adam solía decirle que tenía el cuerpo de una atleta. A pesar de su estatura media y su bajo peso poseía una musculatura potente. Su fortaleza corporal contrastaba con la dulzura de sus facciones; ojos azules, pelo rubio

ceniza, y la suavidad de su carácter.

Abrió uno de los cajones del armario donde guardaban la ropa de deporte y se vistió con su mejor bañador de nadadora. La natación era su deporte favorito, aunque también practicaba tenis. Se calzó unas botas de monte viejas y se anudo el pelo en una coleta alta. Luego cogió la mochila impermeable que solía llevar a las excursiones acuáticas. Metió algo de ropa; unos shorts y una camiseta de tirantes, para cuando llegase a la zona no inundada, y un bolsito de lona con la documentación, la tarjeta de crédito y el móvil. Era cuanto necesitaba para ir en busca de su marido y sus hijos. Se abrochó fuerte la cincha de la mochila a la cintura y ajustó las laterales.

[1] ayuda

Capítulo 2

CAPÍTULO II

La planta baja de la casa se había convertido en una charca oscura donde diferentes objetos flotaban por todos los lados. Excepto los sofás de enfrente de la televisión y la pesada mesa de madera del comedor, que se mantenían firmes en su sitio, el resto se había desplazado. El agua, fangosa y de un color marrón oscuro, la retrajo. Pero no tenía otra opción si quería encontrarse con su familia. Metió un pie y luego el otro y caminó por ese suelo lleno de cristales consecuencia de la rotura de las ventanas. Las botas de monte le permitieron que sus pasos fueran firmes y seguros, y los relucientes rayos del sol que se colaban por las ventanas le iluminaban el camino.

Antes de abandonar la casa entró en la cocina en busca de comida. Desde el día anterior al mediodía no había ingerido nada y tenía que reponer fuerzas antes de lanzarse a la aventura. Desde la ventana contempló apesadumbrada el jardín. No podía reconocer en lo que se había convertido aquel lugar donde habían pasado tantos momentos felices durante el verano, tostándose al sol o haciendo juegos de guerras en la piscina. Alejados de la rutina diaria, los horarios escolares, el estrés de los respectivos trabajos.

Tras abrir con gran esfuerzo la puerta corredera que daba al porche, se hizo paso como pudo en medio de aquella agua encharcada que le llegaba casi hasta las rodillas. Todavía le ocasionó un mayor esfuerzo abrir la puerta que daba a la calle. La casa se encontraba al lado de la riera y la calle se había convertido en un río cuya agua bajaba con fuerza en dirección a la playa. La presión que ejercía el agua desde el otro lado de la valla dificultaba la apertura de la puerta.

Solventado el obstáculo se sumó a la corriente que fluía en dirección al mar. A duras penas caminó en medio de aquella marea color chocolate que arrastraba diferentes objetos flotantes. Por dos veces se cayó y tuvo que hacer un esfuerzo por levantarse. Algunos vecinos la interpellaron desde las terrazas, pero no hizo caso. Estaba dominada por la ansiedad de ver a sus hijos.

Al incorporarse a la calle que llevaba a la parte alta del resort se encontró con más dificultades. El agua bajaba con fuerza y arrastraba objetos peligrosos que tuvo que esquivar. Gracias a su buena forma física y sobre todo a su tenacidad consiguió llegar a la zona seca. A unos metros encontró un grupo de personas. El nerviosismo no dejaba de manifestarse. Entre los presentes había gente herida y ninguna ambulancia o servicio de emergencia a la vista. Un hombre le preguntó si era sanitaria o tenía conocimientos. Una mujer sangraba profusamente de

una herida en una pierna y se requería hacer un torniquete de urgencia.

—No, lo siento. ¿Han avisado a emergencias?

—Sí, pero deben estar ocupados atendiendo a la gente del pueblo.

—Voy a ir hacia allí caminando. Puedo acercarme a la policía o al centro de salud a dar el aviso.

—Acaban de ir un par de hombres en busca de ayuda, pero si encuentra algún sanitario por el camino pídale que venga. Y tenga cuidado, han avisado que la carretera está cortada en varios puntos por la caída de árboles, marcos de ventanas, cristales, ...

—Gracias, tendré cuidado.

Se puso los shorts y la camiseta de tirantes y reajustó las cinchas de la mochila. A medida que iba caminando se encontró con más y más obstáculos.

Los destrozos ocasionados por la tormenta eran incuantificables. El cambio climático llevaba tiempo modificando la vida en el planeta. Las estaciones se habían modificado y se pasaba de situaciones de sequía extrema a tormentas que provocaban grandes inundaciones y desastres. Esto afectaba gravemente a la producción de alimentos en el mundo aumentando los afectados por el hambre. Las cosechas se dañaban y esto incrementaba el precio de los alimentos, además de la subida por otros factores económicos; inflación entre otros.

La tormenta había dejado paso a un día radiante donde el sol brillaba con fuerza. La temperatura era a cada momento más elevada. El peso de las botas de monte empapadas de agua y barro le dificultaban el paso. El sonido del móvil la detuvo. Su corazón palpitó acelerado ante la emoción de que fuese Adam quien la estuviera llamando. No pudo disimular la decepción al ver que era su madre quien estaba al otro lado de la línea.

—... y ayer nos escribiste que no te llamemos, pero entiéndenos, tu padre y yo estamos muy preocupados. Las noticias han dado unas imágenes impresionantes. ¿Estáis todos bien?

—Espero que sí, pero todavía no nos hemos encontrado. Voy caminando hacia el pueblo. Confío en que sigan en el bar.

—¿Adam no te ha llamado?

—No. Desde que hablamos ayer por la noche no he tenido noticias.

Imagino que se habrá quedado sin batería, llevamos desde ayer sin luz.

—Ah, claro, no había pensado en esto. Seguro que están bien. Llámanos cuando los encuentres. Y ten cuidado, hija, sólo de pensar que estás sola y...

—Que sí, enseguida os llamo. Ya me falta poco para llegar.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no contarle lo que en realidad estaba viviendo. El pánico por no tener noticias recientes de Adam le apoderaba. Aunque lo había intentado justificar ante su madre, su actitud era del todo injustificable; mantenerla en una situación así en esa situación de ignorancia.

Al llegar al pueblo le asaltaron las dudas sobre si había hecho bien en ir. Le preocupaba que Adam hubiese regresado a la casa por la otra carretera y esto demorase el encuentro. La ansiedad por ver a sus hijos la consumía.

La zona antigua de Cambrils se encontraba en la parte alta y por tanto no estaba inundada. Unos charcos dispersos, objetos de todo tipo y barro ocupaban la calzada. Al acercarse al bar, encontró a Pere, el propietario, retirando con una escoba el barro de la entrada. Estaba tan concentrado en su labor que en un primer momento no la prestó atención.

—Buenos días, Pere. Mi marido me dijo ayer que se quedaba a pasar la noche en su bar con los niños. ¿Continúan aquí?

El hombre elevó sus ojos y la miró sorprendido. Su rostro estaba colorado y unas profundas ojeras delataban la falta de horas de sueño.

—No, mujer, ¿cómo le va a decir eso? Aquí no se podía estar. El local es pequeño y muchos trataban de refugiarse. Fue horrible.

—¿Y dónde fueron? ¿Le dijo algo mi marido?

—Él se marchó y dejó a mi mujer al cuidado de los niños. Comentó que usted los recogería por la mañana, pero le insisto, aquí no se podía estar.

—¿Cómo pudo marcharse y dejarlos aquí? ¡No lo puedo creer! ¿Dónde están mis hijos?

—Cuando paró de llover mi hijo los llevó al ayuntamiento. Habilitaron unas salas para acoger a la gente que no podía llegar a su casa o se había perdido.

—No entiendo nada. ¿Qué pudo ocurrir para que hiciera algo así? ¿Hubo un

accidente o algo que lo hiciese abandonar el bar?

—Me encantaría ayudarle, pero había mucho jaleo, no teníamos luz, la gente estaba nerviosa, el agua entraba por la puerta...

—¡Dios mío! Mis pobres niños...

—Esté tranquila por ellos, estaban bien. Su padre se despidió de ellos y los dejó al cuidado de mi mujer. Luego se fueron contentos con mi hijo hacia el ayuntamiento.

—¿Pero no ocurrió algo que le hiciese actuar así? ¡Es incomprensible!

Mari Pau, la mujer del propietario, se acercó a ellos.

—Yo le vi hablando con el móvil y decir a los chicos que tenía que hacer algo importante. Delante de mí les pidió que se portasen bien y obedeciesen en todo. Estaban bien, esté tranquila.

—Voy corriendo a por ellos. Muchas gracias por cuidarlos y si vuelve mi marido díganle que los recojo y nos volvemos a casa.

Se alejó del bar derrumbada. La intuición siempre había sido una de sus mejores aliadas y desde que su marido no contestó a sus llamadas supo que algo iba mal. Aunque no imaginó algo tan grave. No encontraba explicación alguna a que Adam hubiese dejado a los niños solos en una situación así. ¿Qué podía haber tan importante? Mientras caminaba hacia el ayuntamiento volvió a intentar comunicar con él. La pantalla le mostró la última vez que Adam se había conectado: fue tras su conversación con ella. A partir de aquel momento, nada. Algo grave había tenido que suceder a su teléfono; el mensaje automático anunciaba que el número solicitado no existía.

Cientos de cosas le pasaron por la cabeza y todas la llevaron al mismo punto; ¿por qué Adam habría actuado así?

Capítulo 3

CAPÍTULO III

Después de haber pasado las vacaciones de verano en Galicia visitando a la familia, los padres de Mía habían regresado a Suiza. Los dos eran hijos de emigrantes españoles, aunque habían nacido en Ginebra. La facilidad que tenía Mía para los idiomas, y por lo que había elegido la profesión de traductora, se debía en parte a la cantidad de lenguas que había aprendido durante su infancia: español, alemán, francés, inglés.

Mientras esperaba el turno en la cola que se había formado frente a la puerta del ayuntamiento se lamentó por su mala suerte. De haber ocurrido hacía unos días sus padres habrían viajado de Galicia para acompañarla.

Los rayos de sol caían sobre su cuerpo como lanzas de fuego. Parecía imposible que unas horas antes hubiese llovido con semejante intensidad. Mía se retorció nerviosa las manos, quería gritar que le permitiesen saltarse la cola, que sus hijos estarían asustados, pero no se atrevió; imaginó que el resto tendría problemas similares a los suyos. Volvió a llamar a Adam. En realidad, no había parado de hacerlo. Su dedo presionaba la tecla de llamada de forma automática. Cuando se acababa el mensaje de número inexistente lo volvía a repetir. Era como si se Adam se hubiese esfumado de la faz de la tierra o perdido el móvil; se lo habrían robado o roto la tarjeta...

De pronto le entró una llamada; se trataba de su amiga Emma y aunque no era la que esperaba agradeció escuchar su voz; la necesitaba en esos difíciles momentos.

Emma y ella se conocían desde la más tierna infancia. Habían ido a la misma escuela y desde entonces se trataban como hermanas, era lo que tenía que las dos fuesen hijas únicas. Al no tener hermanos con quienes compartir, y vivir a escasos metros una de la otra, pasaban las tardes en una u otra casa, haciendo los deberes, o en el club practicando deporte.

Su amistad, fraternal, se había mantenido en la vida adulta, a pesar de que habían elegido carreras universitarias diferentes. Emma había continuado los pasos de su padre y convertido en una bióloga apasionada por la investigación que trabajaba en un importante laboratorio. Mía se

había decantado por las lenguas y graduado en filología.

El llevar vidas personales diferentes tampoco las había distanciado. La una estaba casada y con dos hijos mientras que la otra continuaba soltera. Mía solía animarle a que se buscara un novio, pero Emma se resistía alegando que todavía no había encontrado a su media naranja y por el momento su trabajo como científica le ocupaba la vida. Algunos fines de semana, cuando Adam estaba de viaje, hacían planes juntas. Disfrutaba mucho con los Lea y Liam que la llamaban tía Emma.

—Acabo de leer tu mensaje de anoche y ver las noticias. Las imágenes que han pasado en la televisión son terribles... ¿estáis bien? ¿Ha llegado el agua a vuestra casa?

—Dame tu palabra de que no le vas a contar nada a mis padres
—susurró al micro—. No quiero asustarlos.

—Me estás asustando. ¿Qué ha pasado?

—La tormenta cogió a Adam y a los niños en el pueblo. Yo me había quedado en casa cerrando el equipaje, en unas horas íbamos a emprender el viaje de vuelta a Ginebra. Ya sabes cuanto le gusta a Adam viajar de noche. Los dejé yéndose a la cooperativa de Cambrils a comprar aceite. Al cabo de un rato empezó a llover de una forma torrencial, en mi vida he visto nada semejante. Se fue la luz y enseguida empezó a entrar agua en la casa.

—Pero si para acceder al porche hay que subir un par de escalones —le interrumpió.

—Imagínate cómo llovía y lo peor era que no conseguía hablar con Adam; no me llamaba y tampoco contestaba a mis llamadas.

—¿Les ha pasado algo? —su tono de voz se volvió tembloroso—. ¿Estás con ellos?

—No y no sé cómo están. Me encuentro en una cola esperando a entrar en el ayuntamiento donde han habilitado unas salas para los que se refugiaron de la tormenta.

—No entiendo nada, Mía, si tú has podido llegar al pueblo andando, ¿qué hacen Adam y los niños en esas salas de refugiados?

—Todavía no te he contado lo peor. Ayer, hasta las nueve de la noche no pude hablar con Adam. Como te puedes imaginar le recriminé por no haberme llamado ni contestado a mis llamadas...

—Lo siento, Mía, lo encuentro inexplicable.

—Alegó que la carretera estaba inundada y no podían llegar a casa. Se refugiaron en un bar al que solemos ir y que se encuentra en la parte alta de Cambrils. Me aseguró que los niños estaban bien y pasarían la noche en la planta de arriba; los propietarios la estaban habilitando para los refugiados.

—¿Entonces? ¿Por qué están en el ayuntamiento?

—No sé cómo contarte esto. Esta mañana, nada más amanecer, he vuelto a llamar a Adam. Anoche me prometió que los niños me llamarían en un rato. Estaban con la propietaria del bar en la cocina. Al no contestarme, imagínate mi estado de nervios, me he lanzado a la carretera. Todavía no me he recuperado de la sorpresa que me esperaba en el bar. Estoy en shock. El propietario me ha contado que Adam se marchó hacia las diez y dejó a los niños a su cuidado. Y espera, lo más grave, le dijo que yo pasaría a recogerlos por la mañana y es mentira. No hablamos en ningún momento de eso ni me dijo que algo fuese mal...

—No entiendo nada. ¿Por qué haría Adam esto? Debió ocurrir algo grave. Con lo cuidadoso que es con sus hijos.

—Eso le he preguntado yo a Pere, el propietario del bar, pero Adam no dio explicaciones a nadie. Y todavía hay más. El bar no tiene planta superior y como había tanta gente, refugiándose de la tormenta, su hijo llevó a los niños al ayuntamiento. Nunca hubiese imaginado a Adam capaz de hacer algo así. No sé qué pudo haber más importante que cuidar de sus hijos. Emma, sólo tienen seis y tres años, y los ha dejado solos en un bar en medio de una terrible tormenta. Y lo que más me preocupa es que me mintiese, me dijo que el bar tenía una planta arriba donde alojarlos. Y también le mintió a Pere diciéndole que había quedado conmigo en que yo pasaría a recoger a los niños.

—Te conoce perfectamente y se imaginó que lo harías.

—¿Qué explicación se te ocurre para que no me llame y no conteste a mis llamadas? A mí, ninguna. Además, no tiene el teléfono operativo. Al principio salía un mensaje informando que estaba fuera de cobertura, pero ahora dice que el número marcado no existe. Estoy aterrada. ¿Qué puede explicar esto?

—No quiero ser indiscreta, y mucho menos en estos momentos tan difíciles, ¿ha pasado algo entre vosotros?

—No. ¡Por Dios! ¿Cómo se te ocurre algo así?

—Perdona, Mía, acabo de decir una bobada. Por pensar algo, igual se sintió enfermo. ¿Has llamado al centro de salud?

—La verdad es que todo ha pasado tan rápido que no he pensado en ello. Cuando recoja a los niños me acercaré al centro de salud. Esto podría explicar lo sucedido. Lo que no entiendo es por qué el mensaje de telefonía informa que el número marcado no existe...

—Igual lo perdió y lo ha bloqueado.

—¿Bloqueado? ¿Para qué?

—Para que nadie acceda a la información. Date cuenta que en el móvil llevamos apps de nuestros bancos y también información relevante que no queremos compartir.

—¿Cómo se puede hacer esto si no tienes el teléfono contigo?

—Cualquiera le pudo prestar el suyo y de esa forma bloquearlo en remoto.

A Mía siempre le calmaban los sabios consejos de su amiga, pero esa mañana, en vez de tranquilizarle, la estaba poniendo más nerviosa. Percibía una estela de desconfianza en la voz de Emma.

Un sollozo amargo le inundó la garganta y se rompió por completo. Su mente estaba invadida de ideas extrañas. No encontraba una explicación razonable que justificase lo que estaba ocurriendo. Varias personas de la cola se volvieron hacia ella, les devolvió un gesto indicando que se encontraba bien.

—Venga, hablemos de otra cosa —Emma intentó distraerla— ¿Y la casa? ¿Le ha afectado la tormenta?

—El agua ha llegado casi a los marcos inferiores de las ventanas. No imaginas como está el salón, y la cocina.

—No quiero ni pensar en el miedo que has tenido que pasar allí sola. ¿Cómo has conseguido salir de la casa? Parece difícil abrir la puerta del jardín con ese nivel de agua a ambos lados.

—Me ha costado mucho y he estado a un paso de coger una escalera y saltar la valla.

El silencio se impuso entre las dos amigas.

—Me quedan días de vacaciones por disfrutar. Voy a coger un vuelo a

Barcelona.

—No, Emma, no hace falta. Seguro que los niños están bien y Adam aparecerá en cualquier momento.

—Por supuesto que todo va a salir bien, pero aun así voy a ir. Necesitareis ayuda para retirar el agua y el barro de la casa.

La persona que tenía delante acababa de ser atendida y le tocaba su turno.

—Tengo que colgar. Te llamo o te escribo en un rato.

El interior del ayuntamiento era un hervidero de gente moviéndose de un lado a otro. Tras identificarse ante un funcionario y relatarle lo ocurrido el agente la indicó donde debía dirigirse. Al fondo de la sala encontró a sus hijos, agazapados en un rincón. Al verla, corrieron a sus brazos. Habían sido pocas horas las que llevaban separados, pero de una dureza incuantificable.

—Hemos pasado mucho miedo —protestó la niña—. ¿Por qué has tardado tanto en venir a buscarnos? ¿Dónde está papi?

—No lo sé. Llevo desde ayer llamándole al móvil. ¿Por qué se fue? ¿Os dijo algo?

—Que tenía que hacer un recado —Lea la miró abriendo mucho los ojos. No comprendía qué estaba ocurriendo y cómo su madre no tenía información de nada.

—¿Pasó algo en el bar o le notaste que se encontrase mal o...?

—No. Sólo que nos portásemos bien y que tu vendrías a buscarnos. Pero el hijo de Pere nos dejó aquí y no había luz y teníamos hambre.

Liam se frotó los ojos con sus manecitas manchadas de polvo, saliva y mocos.

—Seguro que algo os habrán dado. ¿A qué si, Liam?

—Tocolate.

—Algo es algo. Venga, coged las mochilas que nos vamos.

—¿Y papá? —lloriqueó el niño con una voz ronca después de tanto llanto.

—Ahora vamos a ir a buscarle.

Dio la mano a los niños y contuvo las lágrimas. Tenía que mostrarse fuerte ante ellos. Pero era difícil enfrentarse a una situación tan compleja y sorpresiva.